

Laberinto de Breoghán, el laberinto estable más grande de España

José Luis Meitín Fernández

*Ingeniero técnico agrícola
y delineante proyectista*

En el año 2015 un particular decide crear en Galicia el laberinto más grande de la península. Tras desarrollar su actividad profesional en la empresa privada durante 16 años y otros 5 años como autónomo, José Luis Meitín Fernández, ingeniero técnico agrícola de carrera y delineante proyectista de profesión, decide llevar a cabo su sueño, crear un auténtico laberinto. Auténtico si nos ceñimos a la definición que la Real Academia Española nos da del término laberinto: “lugar formado artificialmente por calles y encrucijadas, para confundir a quien se adentre en él, de modo que no pueda acertar con la salida”. Y es que, aunque encontramos numerosos laberintos a lo largo de la geografía española, en muy pocos es posible llegar a perderse.

En el año 2022 este gigante verde abrió sus puertas para ofrecer una alternativa de ocio saludable, en el rural y para todas las edades.

Tras conseguir los terrenos, preparar el proyecto y solventar trámites administrativos, esta iniciativa particular llevó a cabo una plantación de algo más de 4000 cipreses de la variedad *Leylandii* sobre una superficie de 6.120 m², originando 2060 m de intrincados caminos, siendo el más corto entre la entrada y la salida de 1020 m.

Al idear el diseño José Luis contrató los servicios de un especialista en la creación de estos atractivos. Para





replantear la posición de las plantas sobre el terreno fue necesaria la presencia de un topógrafo. Los árboles se plantaron manualmente y uno a uno. Cuatro años más tarde, y después de muchas podas (5 anuales), el seto estaba casi formado y se inauguró “Labirinto de Breoghán”. El centro del laberinto dispone de un mirador con forma de torre que permite divisar el trazado y la figura que forman las plantas. Inicialmente y por su simbolismo se barajó la idea de configurar el “Árbol de la vida”, miles de árboles formarían así la figura de un árbol y sus raíces, pero después de estudiarlo con detenimiento y dada la complejidad de esta figura se optó por formar una gran cruz celta, un símbolo más esquemático que se adaptaba mejor a la superficie que se deseaba cubrir.

Se optó por ciprés leylandii por su rusticidad y lo bien que se adapta al ambiente de la zona. Desde que fue plantado apenas se registraron bajas, se trata de una variedad resistente a heladas, sequía, enfermedades y cuya escasa floración no atrae insectos.

Las plantas de 2,10 metros de altura impiden ver el entorno y pasillos colindantes. Es una altura que no llega a causar sensación de agobio o claustrofobia, si además tenemos en cuenta que los pasillos son amplios, 1,5 m de paso libre que permiten el uso de paraguas si es necesario y que los visitantes se crucen durante las idas y venidas. A mitad del recorrido los visitantes encuentran un segundo laberinto para los más jóvenes, cuyas plantas no exceden el metro de altura y cuyos pasillos se aproximan a los 75 centímetros de ancho.

El creador del mayor laberinto de España considera un hobby realizar el mantenimiento ya que le gusta practicar la jardinería y el bricolaje rodeado de este entorno natural, y en aquellos momentos y días que le son más propicios, pues no es una actividad que exija un horario rígido. La satisfacción y felicitaciones que le brindan los visitantes le motivan más si cabe, y cada día se alegra más de haber cambiado la oficina por el campo.

La actividad que ofrece consiste en tratar de encontrar la torre central desde la que poder divisar el seto más grande de la península, una creación de arquitectura vegetal a la que el creador dio forma de cruz celta. Desde este mirador y de forma directa se accede a la salida principal. El laberinto también dispone de otras salidas rá-

pidas para aquellos que desean abandonar la búsqueda. Cada año además se dispone a lo largo de sus pasillos una serie de tablillas cuya búsqueda supone un reto adicional. La intención de su creador es ir añadiendo nuevos juegos aptos para todas las edades, tal y como indica su eslogan “Ocio verde para todos”.

Los laberintos siempre han despertado interés y curiosidad porque están vinculados a lo espiritual, lo místico y lo oculto. Gustan a gente de todas las edades y por eso actualmente los encontramos en películas, novelas, videojuegos... pero no hay que olvidar que están presentes en casi todas las épocas, lugares y culturas.

El momento de adentrarse en un laberinto supone un instante mágico, nada más entrar sabes que estás a punto de emprender un viaje lleno de emociones en el que se activan desde miedos infantiles hasta fantasías y aventuras cultivadas en secreto. Aceptamos un desafío que nos recordará sanamente que no tenemos todas las respuestas y que, aunque nos guste pensar lo contrario, no siempre tenemos el control. Nos encontraremos perdidos y desorientados, pero recuperaremos el control antes de que el entretenimiento y la diversión desaparezcan.

Es ocio verde porque se desarrolla al aire libre, en contacto con las plantas y la naturaleza. Es una actividad sostenible que no contamina.

El concepto de laberinto está claro: un intrincado lugar, de fácil acceso, y del que es difícil salir. Lo que no está tan claro es dónde se realizó el primero, en qué se basó su inventor, qué significado tenía para las sociedades primitivas y por qué ha fascinado históricamente a egipcios, indios, budistas...

Es difícil fechar los laberintos más antiguos, porque casi todos son petroglifos, representaciones simbólicas grabadas en piedra que registran hechos o mitos, que pueden tener forma de animales, figuras humanas, diseños circulares tallados a la entrada de tumbas. En Galicia es bien conocida la “Pedra do Labirinto de Mogor” o la de Meis. Los petroglifos son una presencia silenciosa que acrecienta esa aura de misterio que rodea el paisaje gallego. Al igual que los petroglifos, también los laberintos tienen un componente místico. Estos represen-





taban el viaje de la oscuridad a la luz o la sabiduría secreta descubierta tras la superación de una prueba.

El significado primitivo más probable del término laberinto es el de “símbolo protector”. Una de las leyes de la magia obliga a delimitar los espacios con signos protectores, como

laberintos o redes, etc., instrumentos necesarios para neutralizar a los malos espíritus, encontrar comida, paralizar al enemigo... El hecho de que se hallen también en muchas tumbas parece indicar que se trata de símbolos funerarios protectores, que calman a los muertos y alejan a los intrusos. O de

mapas del más allá para guiar al alma.

Para los celtas, el laberinto significaba el aprendizaje mediante la observación del mundo que nos rodea. Para ellos los diferentes planetas se movían en círculos y, según sus deducciones, la conformación del universo tenía forma de espiral. De todos los signos celtas, el significado del laberinto encierra la creación, la sabiduría, los cambios de suerte, entre otros aspectos, porque está basado en los giros que hacen los planetas y el cambio de las estaciones.

Algunos historiadores sitúan el laberinto más famoso en Glastombury (sur de Inglaterra), rodeando la colina de Tor e identificando este como Ávalon, la legendaria isla de la mitología celta. Y si hablamos de mitología celta no podemos dejar de nombrar a Breoghán. El *Leabhar Gábhala*, libro de las invasiones irlandesas escrito por monjes irlandeses en el siglo XII, recoge una leyenda que cuenta como el rey celta Breoghán funda la ciudad de Brigantia (A Coruña), y manda construir la Torre de Breoghán, posiblemente precursora de la Torre de Hércules.

